

Buenos Aires: el próximo paso

La Ciudad de Buenos Aires es la ciudad más rica, más educada y más conectada de la Argentina. Tiene infraestructura, talento, historia y una escala que pocas ciudades de América Latina pueden igualar. Y, sin embargo, hace años que sus habitantes sienten que la ciudad no está a la altura de lo que promete.

Esa paradoja no es accidental. Es el resultado de una política que administra, pero hace tiempo dejó de conducir estratégicamente. Gestiona problemas, pero no construye ciudad. Resuelve lo urgente, pero nunca se pregunta lo fundamental: ¿qué Ciudad de Buenos Aires queremos en 2036?

La tensión entre la ciudad y el país

Buenos Aires es, al mismo tiempo, la capital de la Nación y una ciudad con sus propios problemas, su propia agenda y sus propios vecinos. En un mismo territorio concentra la sede del poder político, el principal polo económico del país y la mayor densidad cultural de la región. Esa combinación es excepcional, pero también genera una tensión permanente: los debates porteños tienden a disolverse en los debates nacionales, y las necesidades concretas de los barrios quedan opacadas por la política grande.

Esto tiene un costo real: los problemas cotidianos se vuelven crónicos porque su resolución parece depender siempre de algo más grande que ocurra primero. Los vecinos esperan soluciones que no llegan porque la responsabilidad se diluye entre lo local, lo nacional y la coyuntura. Y la ciudad pierde capacidad de conducción propia convirtiéndose en un territorio que reacciona a los ciclos nacionales en lugar de generar los suyos.

CABA necesita aprender a convivir con esa tensión sin rendirse a ella. Puede y debe tener una agenda propia, autónoma y poderosa, que sea capaz de generar calidad de vida independientemente del ciclo nacional. No como contraposición al país, sino como aporte: una ciudad que funciona bien es la mejor demostración de que la Argentina puede funcionar bien.

Esta agenda tiene un nombre: sentido común. Ni ideología, ni discursos grandilocuentes, ni planes que tardan una década en ejecutarse. Decisiones concretas que mejoran lo cotidiano sin esperar que todo lo demás se resuelva primero. Microsoluciones que identifican los obstáculos de los porteños y los remueven con velocidad y criterio.

La otra cara de la moneda: una ciudad que necesita rediscutir su identidad

Desde que consagró su autonomía, Buenos Aires atravesó un proceso sostenido de modernización de la gestión. Mejoró sus servicios, profesionalizó áreas clave del Estado local y se convirtió en una referencia dentro de la Argentina en materia de administración urbana. Ese proceso fue real y vale reconocerlo.

Pero ese proceso se estancó. Y lo que quedó al descubierto es una ausencia más profunda: la de una visión estratégica que ordene hacia dónde va la ciudad. CABA resolvió el "cómo gestionar", pero nunca terminó de responder el "para qué" y el "para quién".

Las grandes ciudades que hoy son referencia en el mundo no llegaron ahí por casualidad. Detrás de cada una hay un proceso de construcción deliberada de identidad: una decisión colectiva, sostenida en el tiempo, sobre qué quería ser esa ciudad y cómo orientar cada inversión, cada reforma y cada política pública hacia ese horizonte. Medellín eligió la innovación social. Lisboa eligió ser la capital del sur de Europa. Singapur eligió ser el hub financiero y logístico de Asia.

Buenos Aires tiene los activos para competir con cualquiera de ellas. Más teatros que Broadway, una gastronomía que rivaliza con las mejores del mundo, una arquitectura única en América Latina, una universidad pública que produce talento de primer nivel. Y sin embargo, esos activos no se traducen en una ciudad que funcione de manera pareja y con dirección clara. El centro histórico se degrada mientras convive con monumentos de valor incalculable. Los circuitos gastronómicos y culturales sobreviven por la voluntad individual de sus actores pero nunca despegan como política de ciudad. Los barrios crecen o decaen según variables que nadie conduce.

No es un problema de recursos ni de capacidades. Es un problema de dirección. Le falta a su dirigencia política hacerse —y responder— la pregunta que ninguna gran ciudad puede eludir: ¿sobre qué pilares queremos construir la ciudad referente de América Latina?

Deliberar: pensar y actuar en la ciudad

Deliberar nació para contribuir a resolver estos problemas desde la Ciudad de Buenos Aires. Es un espacio de pensamiento y acción que parte de una convicción: Buenos Aires no está dando todo lo que puede, y eso tiene que ver con fallas en las dos puntas de la gestión; en la visión estratégica y en las soluciones concretas.

Creemos en la combinación de dos fuentes que raramente dialogan: las mejores experiencias de las ciudades líderes del mundo y el conocimiento de quienes viven el día a día de cada barrio. Porque las ciudades no se transforman con grandes planes. Se transforman desde las calles.

Eso implica traducir el diagnóstico en soluciones concretas: medidas específicas, ejecutables y medibles, que no requieran grandes debates para implementarse. Identificar los obstáculos que traban la vida cotidiana de los porteños y proponer cómo removerlos. En la seguridad barrial, en el transporte, en el espacio público, en los trámites, en el acceso a la vivienda, en el desarrollo económico de la ciudad.

La ciudad que podemos ser

CABA puede volver a progresar. Hace falta una identidad clara, una agenda propia y la decisión de resolver lo concreto. Avanzar en la seguridad

de cada barrio, en un transporte que llegue a toda la ciudad, en espacios públicos que estén a la altura de todos, en condiciones que hagan de Buenos Aires la ciudad más atractiva para emprender y vivir en la Argentina.

La Ciudad de Buenos Aires tuvo su primera fundación en 1536. En 2036 se cumplirán 500 años de su existencia. En estos 10 años que quedan, sabemos que podemos volver a ser la mejor ciudad de Latinoamérica.

Eso no es una utopía. Es una decisión. Deliberar existe para contribuir a tomarla.